

Yo, animal imperfecto,  
equilibrista de mis propios huesos,  
vulnerada vasija visceral;  
crin de cristales,  
crisol de escorias  
buscándose a sí mismo  
en las aguas lustrales  
del eterno retorno...  
Esqueleto de ámbar,  
policromada momia  
de caderas estrechas;  
virgen de honda vagina encantada  
por el trino del Diablo,  
capitolino Dios de barbas  
fluviales,  
prepotente fecundador  
de mórbidas novillas,  
copulador orgásmico  
de uránicas calipigias,  
bíblico coleccionista de prepucios...

Yo, poeta de la torre abolida,  
ante el altar funesto  
de los sacrílegos sacrificios,  
ante ti, humildemente,  
abato mi calva calavera  
y me confieso... monje iniciático,  
cenobita culpable  
de todos los pecados capitales.

## Luz en las Segovias

v

### DE PUÑO Y LETRA

Homenaje a Auguste César Sotomayor  
y a Segovia María Sánchez

El hombre que de su patria no dejó un pedazo  
de tierra para su escritura, cuando se iba, y  
no sólo se iba sino también elido, hoy, con orgullo,  
y no siento muy orgulloso de que sea mi patria  
cualquiera, más que cualquiera, la siempre mía.

Augusto César Sotomayor

El tiempo y la historia se encargaron de  
dejar a las bandadas el fin del mundo  
con las Segovias mirando hacia  
Augusto César Sotomayor



## LUZ EN LAS SEGOVIAS

### SANDINO ESTÁ FUMANDO

SANDINO ESTÁ fumando  
en la manigua  
y el humo de su cigarro ahuyenta  
los escuadrones de mosquitos;  
su sombrero (que ha resistido  
miles de tempestades centroamericanas)  
parece un hongo desolado,  
las botas se le hunden en el piélagos verde  
y son mordidas por hormigas metálicas.  
Bajo un cielo de loros  
se pudren los pantanos de dólares;  
bayonetas de pájaros-manzanos  
acuchillan el aire,  
la selva es caja fuerte  
y el quetzal inmóvil,  
signo de pesos en el billete de la selva.  
Sobre el párpado fino de las hojas  
refresca la quinina del llanto.  
Sandino fuma tabaco de oro  
que derriba mosquitos como aviones,  
y pulsa el rayo palúdico de su machete,  
ciego anfibio de plata  
con su cola de animal prehistórico.  
En el agua estancada  
sueñan los reptiles del légamo  
y los pequeños  
y los grandes saurios petrificados;  
los troncos se pudren en lodazales

mientras el tanino libra su batalla definitiva  
contra los líquenes azules.  
En el silencio monacal  
se puede oír  
todo lo que la selva devora.

### SANDINO ANDA POR MIS RECUERDOS

Sandino anda por mis recuerdos no a caballo  
sino a pie, recorriendo la geografía lodosa  
de la manigua americana.

Washington también lo recuerda,  
principalmente el Capitolio y la Casa Blanca;  
lo recuerdan como a un pequeño demonio  
acribillando aviones

desde sus escondrijos vegetales en la montaña.

Stimson gritaba con su voz atiplada:

*Hay que coger al bandido, hay que colgarlo.*

Pero Sandino se reía

viendo pastar las vacas

desde su Cerro del Chipote,

y sus dientes tenían una feroz blancura

cuando comía elotes calientes

y cuajada de leche.

Este Sandino era un dandy del trópico

con su pistolón antiyanqui

y sus inseparables polainas de lona.

La raíz es un alambre negro en la tierra,

pero el mar, que lleva cartas en su ir y venir,

borra la arena de la playa y se va:

Mister Cooldige y Mister Kellog,  
Mister Herbert Clark Hoover y Mister Bliss,  
presidentes y secretarios del exterminio  
con residencia en Washington.

Presentes:

Aquí les envío mi convicción americana  
y un bofetón de bananos...

Mister David F. Seller, representante  
del imperialismo en Nicaragua.

Les remito los despojos de los *bluejackets*  
asesinos de los hombres de mi patria;  
llevan un balazo en la sien  
y una zopilotería en las espaldas;  
otros de sus pobres muchachos  
están siendo acarreados  
por los insectos,  
que no perdonan  
nada.

#### LOS NOMBRES DE LOS ASESINOS

Los asesinos modernos tienen nombres de cereales  
para el desayuno y de lavadoras eléctricas.  
Mister Calvin Cooldige, el cavador de frescas  
fosas con su frialdad y estolidez  
verdaderamente presidenciales;  
el más grande de los grandes asesinos del hombre,  
pero sobre todo del que vivía  
en The Brown Brothers Republic: Nicaragua,

el mediocre puritano que luchaba  
por las cosas aquellas que no se ven,  
como Dios o un tiro en las entrañas;  
el secretario incapaz, Billing Kellog,  
que obtuvo (en 1929) el premio Nobel de la Paz  
por meter sus manos criminales en el Caribe;  
el infatigable explotador de las riquezas  
incásicas, Hiram Brigham, senador republicano,  
que llevaba en sus dedos amarillos de nicotina  
las cabelleras rojas de la caoba  
y las moradas del palo de rosa;  
el corrupto periodista Walter Lippman,  
la maravilla de Harvard,  
vendiendo su basura informativa;  
Stimson, el asesino de las luvas blancas  
y su bellaco librejo de calumnias;  
el juez Webster Thayer, nadando en la sangre  
de Sacco y de Vanzetti;  
el representante Eaton, antiguo pastor de Cleveland  
financiado por la Rockefeller, para improvisar  
plegarias por la guerra;  
y Bliss Lane, el bobo de las callejuelas;  
y Sellers,  
y Latimer,  
y Hathfiel,  
y Lejune,  
y Logan Felan,  
y Richardson,  
y Wilbur,  
y Eberhardt,  
y Rowell,  
y Mac Coy,

y toda esa mierda  
de la fuerza aérea, condecorados  
y morfinómanos, paseando su arrogancia  
por Puerto Corinto — mar de sangre —  
y por Puerto Cabezas — mar de ignominia —;  
comerciantes de la muerte lenta  
y cobradores de la oscura miseria.

«Es un asunto muy sucio enviar soldados  
para cobrar deudas. ¿Es que vamos a emplear  
a los marinos para proteger los charcos  
de petróleo de Sinclair, de Doheny  
y de la Standard Oil?» — dijeron algunos  
senadores que conocían muy bien  
la lista de mercenarios financieros:  
la Rockwell International,  
la Dupont, la Morgan, la Mellon,  
la Bendix Corporation  
y cien consorcios más, que habían firmado  
contrato por 42 mil millones de dólares.

Galopando en ricos palanquines  
sobre las espaldas flageladas del pueblo  
los hijos bastardos del trópico:  
Brayan Chamorro y Adolfo Díaz  
Sacasa, «la nulidad sonriente», que dijera Darío;  
Cuadra Pasos, Moncada y los Somoza:  
ocas del cenagal.  
Cuando Lindbergh volaba sobre Puerto Príncipe  
pudo leer en las hojas de las palmeras haitianas,  
y en los troncos de los árboles,  
y en los faroles del alumbrado público:

¡Viva Sandino!,  
¡fuera manos sangrientas de Nicaragua!

#### LA LUCHA DE SANDINO

Sandino luchó con escudos de caguama  
y con granadas construidas con tuercas  
y bulones de máquinas, con trozos de vidrio y piedras;  
dinamita en latas de sardinas,  
y bombas de mano forradas en cuero crudo;  
los señuelos antiaéreos eran peleles de paja  
y los zapatos, dedos de sangre  
impresos sobre la roca viva.

Vivió Sandino en los tremendales del infierno,  
con las botas hundidas hasta el alma,  
y su sombrero eclipsando una lluvia de dólares  
manipulados en la bolsa de Wall Street.  
Sellers le enviaba recaditos,  
mientras mandaba incendiar pueblos:

Quilalí,  
Jabalí,  
Plan Grande,  
Buena Vista,  
Ciudad Vieja,  
San Lucas,  
Camino Real,  
San Bartolo,  
Ula,  
Esquinay,  
quemados por los infantes de marina.

En Bramaderos, Sandino mató tantos yanquis,

que las ametralladoras, como potros calientes,  
de tanto disparar se fundían,  
y en el combate de Las Cruces vaciaron  
veinte mil cartuchos  
como veinte mil esperanzas de libertad.

Cuando llegó José María Moncada a presidente,  
o sea, cuando se hundió a Nicaragua  
en el Espino Negro de Tipitapa,  
los cobardes iban entregando los fusiles  
cada uno por diez córdovas:  
Moncada — dijo Sandino — es un desertor  
(pero ahí se quedaron),  
que se pasó al enemigo con todo y cartucheras.  
(Pero ahí estaban listos al combate):

Pedro Altamirano y Carlos Salgado,  
Abraham Rivera y Pedro Antonio Irías,  
Ismael Peralta y Pedro Colindres,  
José León Díaz y Juan Pablo Umazor,  
Simón Cantarero y Sócrates Sandino.

Augusto César firmaba manifiestos  
desde el Río Prinzapolka: ni yo ni mis soldados  
aceptamos dinero alguno por la entrega de las armas.

Un grupo de muchachas,  
las pobres prostitutas del puerto,  
habían rescatado cuarenta fusiles  
para el ejército de la dignidad;  
al principio eran treinta hombres, y con ellos  
la soledad de treinta corazones  
desafiando a la muerte.

#### BLANCA: NIEVE NUPCIAL

Sandino atravesó los llanos de Yacapuca  
arrasados de lumbre y de invierno  
para conocer a su esposa, un corazón indomable  
de pelea: Blanca de Sandino,  
telegrafista;  
un redoble de fusiles en el viento helado  
sería su música nupcial,  
un repique de tiros las campanas de bodas,  
y en la desolación de la montaña,  
muro de roca sobre muro de ideas:  
el retrato (flameado entre las sombras) de Bolívar.  
San Rafael del Norte cruzado de amores inalámbricos  
y eléctricos.  
Se habían quedado atrás los días  
de la Petroleum Company de Tampico, de Cerro Azul,  
y de las Minas de Oro de San Albino,  
y de los Chontales de Oro;  
con las primeras luces del alba  
Sandino libró su primera batalla en Júcaro,  
llevaba todavía las manos nevadas de azahares  
cuando empezó el largo deshielo de la sangre.

El *Daily Worker* decía: *Todo marcha bien para Wall Street,*  
*menos las fuerzas de Sandino...*

#### SÁLVESE QUIEN PUEDA

Así peleó Sandino,  
contra todos los presagios  
de los hombres omnipotentes

que monopolizaban las guardias del hierro,  
y los nidos del nitrato que mueren de pie,  
y las eras geológicas del carbón,  
y los vastos cementerios  
de la paloma negra del petróleo;  
pero no pudieron los carceleros del estaño  
apagar la sonrisa de este fiero domador de fieras  
que pasó por los ríos de la noche;  
la diplomacia del buitre  
fue desorejada por su machete vengador  
y un revuelo de cancilleres de casaca y peluca  
dejaron sus plumas de papel con la efigie de Jefferson  
en su precipitada huida;  
corrían por Honduras las ratas militares,  
los dorados lacayos abandonaban el barco de la fruta  
al grito de sálvese quien pueda,  
porque está probado que no hay caballero  
(por muy poderoso que sea) que resista la insidia  
del insecto nocturno  
y la embestida de un machete en la selva;  
las cartas diplomáticas fueron abandonadas  
como forraje para las bestias de carga  
y por muchas noches se respiró tranquilidad  
en el verde pulmón de la sabana;  
desde el Río Coco hasta Granada  
los lagos durmieron apacibles  
y las minas de silencio y los volcanes de ámbar.

Sandino medía a grandes pasos el territorio,  
libre de los hijos de perra  
que consultaban febriles  
los puntos de la doctrina Monroe.

Se celebraba en La Habana,  
(isla hipotecada con melaza)  
la VI Conferencia Panamericana,  
cuando empezó a pudrirse el aire  
con los cadáveres de los filibusteros  
y los traidores devorados lentamente  
por hormigas de sangre  
y cantáridas de oro azul;  
pero no hubo paz en las Segovias  
hasta que dejaron los huesos blancos y pulidos  
como sistema de calcio corrompido;  
esqueletos putrefactos de níquel y veneno.  
Cuando llegó Omar Cabezas,  
le dijo a Leandro Córdova:  
— bueno, alístese viejito, porque mañana nos vamos.

#### SE INICIÓ LA TRAICIÓN DE LOS CABILDOS

Y se inició la traición de los cabildos,  
de los embajadores que olían a lavanda inglesa  
y a cosméticos. Ellos (jotos de nalgas blancas  
y pelucas empolvadas de la Guerra Civil)  
armaron el brazo del gordo carnicero de pueblos.  
A Sandino no lo pudo vencer la epidemia de muertes,  
ni los aeroplanos incendiarios que arrojaban  
bombas atadas con cintas de colores  
como huevos pascuales,  
y entonces fue preciso alquilar  
un gángster de la piara criolla  
que pudiera sacrificar un héroe  
sin alterar su digestión,  
y hallaron a Somoza.

Somoza era un policía y un político,  
le decían Tacho,  
llegó a ser presidente por veinte años.  
(Ahora nadie piensa que llegar a presidente  
es una gran cosa)

La noche que planearon el crimen  
Somoza tenía al embajador Bliss  
como tábano pegado a las orejas,  
fue en el palacio del jefe director  
de la Guardia Nacional, y los hijos de puta  
amontonaron rifles con cerrojos engrasados  
procedentes de las acerías de Pittsburgh.

Hubo junta para oír los consejos  
de los técnicos en torturas:  
a los jóvenes rebeldes  
les ponían corriente eléctrica en los testículos y el ano;  
y ellos, que nada sabían, no decían nada.  
Sólo la sangre quemada desde Yalí a Jinotega  
y de Jinotega a Managua hablaba su palabra de odio.

En el rancho de Managua  
se jugó la suerte y la dignidad de América.  
Todos los reyecitos y sus cortes  
de púrpura homicida y de armiño  
venéreo, asistieron a la conjura.  
La consigna era precisa:  
*death, death*, hay que matar  
a ese jodido perturbador de las conciencias;  
a ese que se interpone entre nosotros  
y un canal de Nicaragua.

Le besaron el culo  
a los Bryan-Chamorro  
y a los pinches Sacasa.  
De su parte, Sandino sólo tenía  
a la seráfica Gabriela  
abogando por *el pequeño ejército loco*;  
a Baldomero Sanín Cano,  
al iluminado Mariátegui  
y a otros ilusionados ilusos  
soñando en la libertad del hombre  
y, por supuesto, al pueblo traicionado.

#### LA TELA DE ARAÑA

Mientras tanto, Somoza iba tejiendo su tela de araña  
sobre la cabeza del caudillo segoviano.  
Del Campo de Marte se cambió a Tiscapa  
(trípodes de ametralladoras, altos muros de piedra  
y prefabricado acero y dolor prefabricado)  
Somoza se trepó a la silla presidencial  
sobre un pedestal de sangre.  
Hubo un pueblo norteño que se llamó Wiwilí  
donde inició su gestión administrativa  
con un grito: *¡Que no quede vivo nadie en Wiwilí!*  
A la noche sólo rondaban el agutí y la guardatinaja  
entre un intenso hedor de cadáveres.  
¡Pobre Moctezuma con su corte de enanos  
y su jardín zoológico!  
De las impenetrables selvas brasileras  
Getulio Vargas le mandó un par de lapas azules,  
(trepadoras de fuertes picos y ojos de ámbar)

Castillo Armas —la fiera de Guatemala—,  
una pantera negra,  
sedosa como las noches de Guatemala,  
y de Juba, árida nodriza de leones,  
dos leones africanos;  
otros monarcas de la selva centroamericana  
le enviaron tigrillos y mapaches astutos  
y palomas torcazas,  
y un ex presidente de Costa Rica, a su hijo,  
Teodoro Picado, más feroz que los grandes gatos  
carnívoros y más frío que las serpientes pitones  
y que la real anaconda.

Cuando murió de rayo,  
por un plomo con alas y sin alma,  
Anastasio Somoza le dejó como herencia a sus dos hijos  
su cuarto de torturas en Tiscapa:  
a Luis Debayle el cetro venenoso,  
y a Tachito, el de las charreteras de excremento y oro,  
su látigo de verdes esmeraldas  
y el bastón de West Point, ensangrentado.  
—Decí hombre, decí algo...  
—Pero si yo no sé nada. Nada. Nadaaaa...  
(Y otra vez el pozo con su agua violeta)  
Todavía hoy se cambia —el barbilindo hijo del tirano—  
todos los días de camisa blanca  
manchada por la sangre soñada.

Pero antes, Somoza iría tejiendo  
sus telares de araña  
sobre la cabeza del héroe segoviano.

#### PEQUENA ELEGÍA DE NIQUINOHOMO

Mataron al pequeño demonio de Niquinohomo  
en una emboscada y mientras los perros lanzaban  
dentelladas al aire funeral.  
La paz se había firmado  
a la luz de las estrellas en esa noche fría  
y de limpia y vertida lágrima,  
Sandino había cenado —buena cena de muerte—  
con el presidente de Nicaragua.  
La quina roja inundaba la tierra con su agua de sangre  
y las hojas del eucalipto plateaban los párpados del agua.  
Con la barba crecida y enmarañada de raíces  
corrió un ex capitán de Sandino  
a dar la triste nueva a los soldados  
que se apretujaban en las hogueras de la sierra.

No fue Umanzor,  
descendiente de indígenas y negros,  
porque Umanzor cayó con Sandino en las tinieblas;  
Tampoco Estrada,  
porque Estrada estaba con Sandino  
cuando recibieron la descarga desde la oscuridad.  
Fue un capitán del pueblo el que atravesó villas  
y aldeas, entre los pastizales quemados por la helada  
gritando de casa en casa, de silencio en silencio:

*Sandino ha sido asesinado*

Le respondían el llanto y el aullido del viento  
y el mugido de las vacas de ubres estrujadas